

**JOSÉ LUIS MOYA PALACIOS**

**TIEMPO DEL MAR, EL AGUA Y LAS  
MADERAS**



*©Foto: José Luis Moya P.*

**POEMARIO  
2005**



*Colección Poemas de Luna*

© JOSÉ LUIS MOYA PALACIOS

© Poemas: José Luis Moya Palacios

© Fotos: José Luis Moya Palacios

*Prohibida toda reproducción.*

**PORTADA**

“Tiempo del mar, el agua y las maderas”...

Una noche.

Los inviernos en las cercas del corazón.

Se consume lenta una vela, aguardando el amanecer.

Queda en los ojos aquel poemario de mis fotografías.

Sobre las manos que acunan el pretérito, un álbum de poemas amarillos.

En las cortezas de los álamos del frío, permanecen para siempre flechas y corazones.

Hace tiempo, crucé los puentes de la infancia, los besos de madre y aquel perfume de membrillos...

Fundé un vocabulario para las cenizas. Y las gaviotas se fueron marchando hacia la luz del último mástil.

Desde entonces, sólo tengo en el cuenco de las manos la riqueza del cansancio.

Hoy, visto palabras de helecho y musgo hasta el fondo de mi edad.

Nómada de tiempos perdidos, voy de soledad en soledad. Y me duelen los árboles tronchados, la túnica del agua lenta que penetra y pudre las maderas, y el mar dolido sobre los escapularios de niebla.

Hace tiempo, bebí escrituras chinas, posos de café, en una taza de porcelana.

Quedaron atrás los pólenes inútiles de las acacias, y todas las nostalgias de querer vivir de nuevo.

Tras la ventana de mi balcón, invierno tras invierno, se acurrucaron los gorriones mojados.

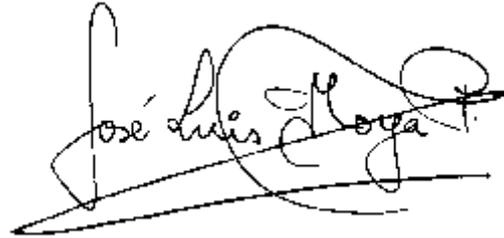
Me revelé contra esa vejez amanecida en los ojos de mi nombre.

No quise una tarde en soledad, y poco a poco, sin saberlo, tomé los venenos de la edad de las maderas. Creció el olvido sobre las hojas en forma de corazón que arrastra el viento.

Hoy aquí, en mitad de la vida, tengo hambre de regresos imposibles. Cada tarde de diciembre voy poniendo claveles blancos en el jarrón de mi tristeza, mientras las rosas enfermas del invierno lloran bajo la lluvia.

Estar solo en la desnudez de dentro, en el ocaso de las voces y los carmines. Despacio va viniendo el cansancio de caminar sobre las horas vacías, sobre el asfalto de los fracasos.

Estoy ahí, frente la niebla y el mar, aguardando el regreso lento de las gaviotas que se fueron, ahí... para aprender a morir en la desnudez del silencio y las maderas,... a solas..., en pie..., como los árboles.  
Después... será mañana... y un alba de silencios...

A handwritten signature in black ink, reading "José Luis Moya Palacios". The signature is fluid and cursive, with a long horizontal stroke at the bottom that extends across the width of the text.

***Fdo. José Luis Moya Palacios***

La Manga del Mar Menor  
Abril 2005

**POEMARIO**



© Foto: José Luis Moya P.

Feliz al borde del frío y las maderas.  
El último sol de invierno sobre los ojos cerrados.  
Las mimbres del otoño.  
Otras horas tras los cristales.  
Otros días, otros sueños....  
Sobre el dolor de las tablas y los clavos, nos envejece el corazón.  
Y mueren las rosas.  
Llega el término de la luz, para estampar lacres en los códices de la ceniza.  
Y esperar, esperar siempre otro sol nuevo junto a las piedras de las nieblas, sobre las puertas caídas, de una casa ya vacía.



© Foto: José Luis Moya P.

Peregrinos de la arena, bereberes del sol en busca de la mar. Estar solo en esa desnudez de dentro. Nómada de tiempos perdidos, voy de soledad en soledad. Marcha lenta entre las dunas, en los cuatro puntos cardinales de la rosa de los vientos. Esos azafranes de las túnicas... El largo camino hasta las palmeras... Quemar los ojos... Sentir en silencio las pisadas, tras la procesión de camellos. Hambre de llegar a los oasis del viento, al zumo fresco de las frutas y los dátiles. Besos de hierbabuena y té en los labios húmedos de las mujeres. Quedan perfumes de mirra y sándalo en las calmas de la noche, contra ese silencio de las estrellas. Y al alba, peregrinar de nuevo cada día, bajo el mismo cielo y en la misma arena, en busca de sal y agua, hasta la orilla de la mar.



© Foto: José Luis Moya P.

Vejez de tiempos grises. Maderas que se van. Cuando el río de la savia languidece, aparece el vacío, las cicatrices y los alquitranes de ayer. No queda luz en las palabras para una oración, ni sentimientos en los armarios de la memoria. Anochecer lento sobre la frente. Tengo maderas en el cuenco de las miradas, lirios salvajes para desesperanzas. Esas manzanas amarillas las tardes de silencio... Camino hacia las ojeras tras los cristales, mientras se va la vida por las negras nevaduras, y queda sólo en las manos, la riqueza del cansancio.



© Foto: José Luis Moya P.

Palabras de herrumbres, mordazas de silencios. El dolor está escrito para siempre en las cortezas de los árboles. Sabe el aire a linazas y alquitranes. En los aceites de alcanfor han quedado los recuerdos, sobre las dunas de arena mis raíces. Imposible separarme de nostalgias y tristezas. Y sólo soledad en los instantes últimos de los ojos de las palomas.



© Foto: José Luis Moya P.

He cruzado el río de la infancia. Toco tus labios con mis ojos y con los dedos persigo tus carmines. Colecciono frutos mojados de lluvia, palabras de amor y fiebre. A veces, pienso qué harás, cuando tu memoria se ciegue de olvido, cuando muera el amor y se aloje rancio en el fondo de los cántaros... Ya llega lenta la noche a la ciudad. Contigo me quedo, junto al sentimiento del agua, en los últimos días de vino tinto y fresas.



© Foto: José Luis Moya P.

Bajo los párpados se ha despertado la primavera de repente. Ese grito de las flores. La luz tan dentro del balcón. Un zaguán de geranios en los tiestos de lata. La risa de las mujeres. El pan con nata. Sobre la corteza de los árboles, quedaron dibujados corazones de amor y flechas. Ha pasado el tiempo y hoy tan sólo vivo de recuerdos. Y aquellos chopos de ayer, buscan azules rozando de besos el cielo.



© Foto: José Luis Moya P.

Cae noviembre sobre los cobertizos, sobre las cortezas frías de los árboles, sobre el dolor de los frutos y maderas. Memoria en los escapularios de la niebla. Sobre los ojos, tristezas de lluvia. Como las gotas de agua, del mundo se separa lo ya vivido y olvidado. Son ceniza las palabras sin memoria. Y morimos, en la última luz del agua, cuando ya nadie baja a besar el corazón.



© Foto: José Luis Moya P.

Herrumbres ácidas y sal, anidan en el corazón. Ya sin dolor, sin recuerdos, sin océanos ni gaviotas. Despojado de todas las nostalgias, soy poseso de olvidos. Y ha llegado la muerte al mar. Queda la vejez en la mirada. Espero a solas entre paredes, las brújulas del amanecer, el tañido de campanas lentas. Y esta noche, cuando escribo, el agua sabe a sal y a silencios de cadenas y vejez mi negra tinta.



© Foto: José Luis Moya P.

Sobre la desnudez de la vida, el amanecer. Esa flor del frío que aún respira. Alambres, cuerdas y maderas. De madrugada se aúpan al alma líquenes de tristeza. Se abre la mañana lenta contra las piedras y el cielo. Más allá de la pared, rosas inmóviles. Las últimas frutas del verano. Hortensias mojadas a las puertas del mar. Y un lienzo de silencio y hierba para comenzar el día tras la ventana.



© Foto: José Luis Moya P.

Lluvias de cobre sobre la ciudad que habita el mar. Tu piel antigua derrama soledad. Paisaje de gritos azules en los ojos de las campanas. Álamos del frío. Habitan hoy el corazón, pesados silencios amarillos. Sobre los alambres tendidos, juega el viento con la ropa y la tristeza. Lluve sobre las yemas de los árboles. Y en la ventana, tiritan hambres los gorriones mojados.



© Foto: José Luis Moya P.

Quedan semillas de agua en el centro del corazón. Dios derrotado en mitad de la calma. ¿Quién soy al final de esta calle? No quedan ya perfumes de rosas en los estambres de la vida. Siento que me alejo de lo que torna y vuelve. Respirar el mar... Regresar a puerto con las gaviotas. Siento frío en los círculos concéntricos de mi cansancio. Y la noche llega con pies descalzos.



© Foto: José Luis Moya P.

Ancla de deseos. Mañana de sol y mar. Se abre la luz junto a las espigas. Para la madurez de los frutos nacidos, no queda tiempo antes de partir. Adiós amargo en los pañuelos. A solas, en los humedales de tu cuerpo, en los labios, en las palabras dichas. Susurros al oído de manzanas y carmín. No quiero regresar a esa otra orilla de tristeza y olvido. Cuando cae la noche contra los pinos, ven conmigo a la paz de las resinas.



© Foto: José Luis Moya P.

Te recuerdo en los besos. Tus senos en la oscuridad. Y llora de hambre tu boca y la mía. Dame la mano para atravesar la arena. Caminar despacio hacia crepúsculos amarillos de cebada y trigo. Amar la vida, mientras germinan los árboles, bajo el silencio de la piel, en la ternura del alma y la lluvia.



© Foto: José Luis Moya P.

Salgo de los pensamientos, salgo al aire de la vida y es de noches sobre el agua. Las cosas están vacías, el corazón cansado. Esos lacres cambiantes de la luz del mar. Mañana empapada de golondrinas. Besos de pan y anís. Ese adiós clavado en los navíos que parten. Vendedor de sombras sobre el agua, en las orillas de la mar. Llevo los pies descalzos. Tristezas de otoño cosidas al corazón. Hoy, busco un mercado de silencio para la paz del mundo, en las rutas del mar.



© Foto: José Luis Moya P.

Esas horas sin fuerza, de sueños y metáforas surgidas. Escribe el mar los sentimientos del aire y la sal. La luz emigra hacia el horizonte. Sangre para un abanico de rosas. Viaje hacia las islas, junto a las gaviotas. Volveré, tal vez mañana, a esta tierra de almendros florecidos, al pan reciente las mañanas de abril, al verde claro de los maíces. Un adiós de manos juntas. Sentimientos que se quedan en tu orilla...



© Foto: José Luis Moya P.

Empapa la lluvia los lienzos inmóviles de la tarde... Cielo de plomo. Luz fría. Más allá, el mar y la noche. Cierro lentas las hojas del balcón. Enciendo una lámpara de aceite. Se esculpe una sombra contra la pared de cales abandonadas. Silencio de oscuridad olvidada. Y el agua..., aún sobre las hojas...



© Foto: José Luis Moya P.

Tiempo estéril para morir a solas bajo las acacias. Silencio de todos los recuerdos escondidos. Segadores que se van, rumor de acequia y yunque. Rueda la rueda. Tiempo del frío en el girar de las norias. Las bodegas del granizo, golpeando los tejados de musgo. Saber el dolor de las noches y la esperanza de primaveras vírgenes. Aguardar el lento morir en el luto de los inviernos. Esta tarde, pétalos de rosas negras sobre la luz de mi ventana, sobre el recuerdo de las maderas.



© Foto: José Luis Moya P.

Ramas tronchadas. Las llagas de ayer, tiritan aún algodones de agua y sangre. Se ha quedado vacía la vida. El amor se ha ido en las alas de las cigüeñas. Bebo escrituras chinas, posos de café en el fondo de una taza de porcelana. Signos de invierno, ternura y hambres, pasean el corazón. Habla el agua en silencio dolido antes del adiós últimos sobre la tierra, antes de los puentes del mar...



© Foto: José Luis Moya P.

Corazón inclinado contra un saxo. Crece la humedad del alba hasta la belleza. Agua y sangre. Vuelos de paloma. Más arriba, más alto. La última estrella destruida. Esa cometa sin viento. Te doy mis ojos. Soledad de una estación sin nombre. Fermenta el invierno soledades en el corazón, y lentas, las manos, recorren las maderas...Oscuridad del sueño en mitad de la lluvia. Regreso a los robles cortados, a los árboles de cortezas tristes. Voy por el camino sin esperanzas. Tal vez mañana, tenga mi ángel de la guarda, otro día nuevo de sol y primaveras.



© Foto: José Luis Moya P.

Lluvia en las playas del mar. Silencio para la última canción de saxo. Oigo escalar estrellas desnudas al firmamento de la noche. Queda vino amargo en las heridas. Escuchar en silencio la otra edad de las mieses amarillas, los gritos de las gaviotas en el país del viento. Esos ojos... Cruza un barco la bahía, dejando paz sobre los cálices del alma. Tu recuerdo sobrepasa la música. Está inmóvil el agua, crucificada de gaviotas. Y nada es igual las mañanas de abril, tras tus pestañas y los mensajes de la lluvia.



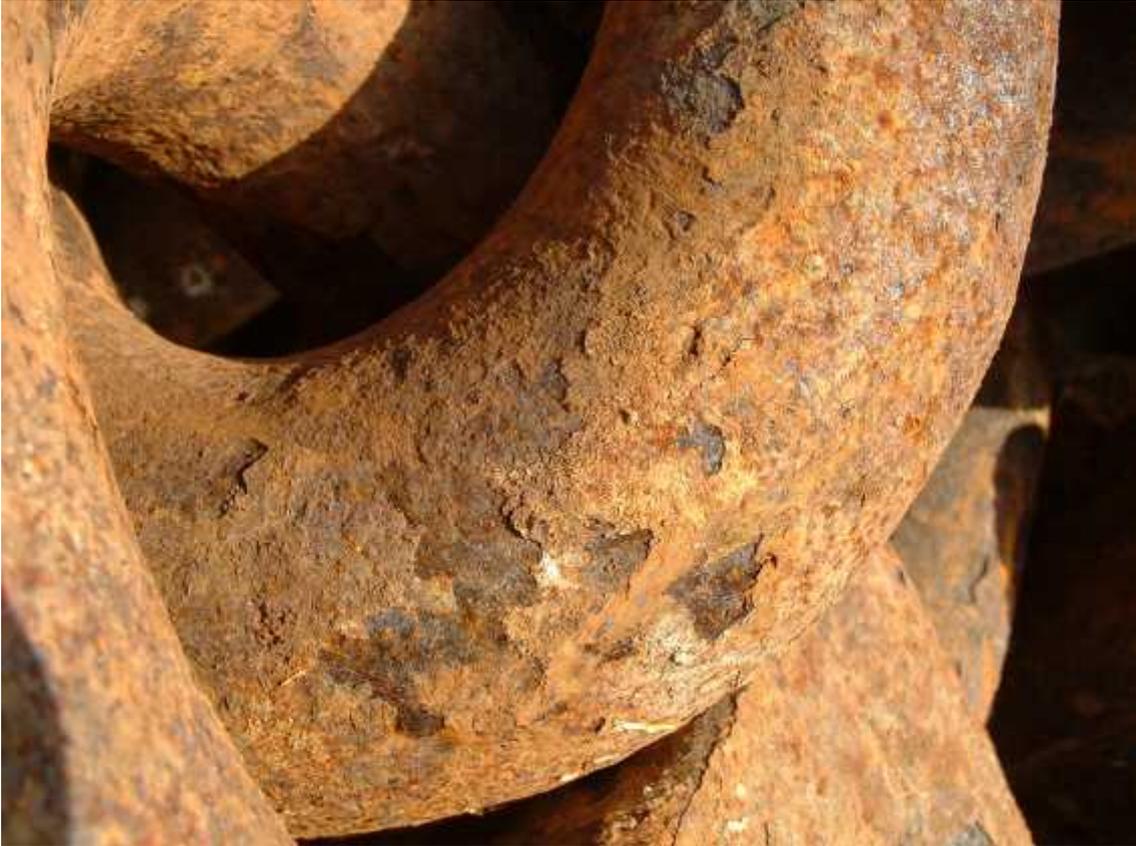
© Foto: José Luis Moya P.

Atados a la vida vamos muriendo sobre el mar. En las maromas del tiempo prendemos magnolias con hambre de crecer. Esa historia de los dos, mientras hoy es ayer en la luz de un nuevo día. Ámame de margaritas contra la humedad del mar, junto a tus pechos calientes. Nos quedan aún esencias y perfumes en los frascos del verano. Quiero vivir prisionero en tus sueños, amarrado a tus melancolías, peregrino de tu cuerpo.



© Foto: José Luis Moya P.

Romero y salvia en los ojos de la mañana. Cargamentos para partir hacia las catedrales del mar. Un calendario de pasos lentos en fila el luto de un naufragio. Y duele el mar. Y aquí estoy en esta ruta de esperanza, con los ojos cerrados. Y tú, mi sueño bajo los párpados.



© Foto: José Luis Moya P.

Esas cadenas en los ojos del alma. Montañas cárdenas para saber la libertad. Herrumbres acunadas por el agua. Queda la tarde prisionera bajo la esclavitud de los párpados, más allá de los narcisos recién nacidos. Silencio de playa sin mar. Espejos de ayer para todas las cadenas. Y en el alma sólo un grito: libertad...



© Foto: José Luis Moya P.

Ramas yertas de invierno. Viene despacio a los recuerdos, la humedad de tu cuerpo en el dormitorio de los deseos. Perfumes de membrillo. Desnúdate frente al silencio de la lluvia y te dejaré ternuras en las manos. A solas, vierto música en tus ojos, en tus hombros, para un naufragio juntos, en mitad del corazón.



© Foto: José Luis Moya P.

Soledad última en los confines del agua. Esas cuerdas deshilachadas de nadie. La ternura de la luz sobre el vacío de lo ya inútil. En los códigos del viento quedan los recuerdos de ayer, el paisaje de otros océanos, la sal de otras singladuras. Nos deja la vejez a la orilla de todas las oportunidades, sin más esperanza que el olvido, junto al silencio de unas tablas sobre el mar. Y la nostalgia de tornar a ser de nuevo,... en los cabos rotos.



© Foto: José Luis Moya P.

Regresan las gaviotas al verano de los navíos. Corazón inmóvil, atado al último amarre del amanecer. Llego el borde del miedo, al silencio del agua. Estar vacíos frente al mar y la tarde. Voy nadando una bahía de recuerdos. Hoy, a solas contigo en mis manos juntas. En tu cintura y en tus ojos, hazme un naufragio de besos y velas blancas.



© Foto: José Luis Moya P.

En las túnicas marchitas de los árboles, respiro las horas del invierno. Melancolía de las hojas abandonadas. Círculo para las rosas muertas. Habitan lumbres de sentimientos un lugar vacío. Ese espacio del alma sin nombre y sin costuras, donde habita la tristeza. Al otro lado del silencio, la desnudez de la vida, las lágrimas sobre los árboles desnudos.



© Foto: José Luis Moya P.

Cerrar los párpados bajo la lluvia. Beber el mar y el aire de las flores. Sentir el más allá en los límites, esperando ser ceniza. Existir tan sólo en la plenitud de un nombre. Respirar en ese otro idioma de besos y deseos. Quedarme a solas, junto a tus pestañas, en los sentimientos dulces de la piel y los dátiles calientes. Y hoy, sobre la mañana de pinos... llueve...



© Foto: José Luis Moya P.

Salgo al silencio de la nada para masticar la soledad del agua. Gaviotas del verano, árboles de noviembre. Yo quiero que duermas en mi sueño antes de la muerte de las hojas. Las manos y la noche juntas, la piel rozando ternuras. Contigo a solas, otras horas, otros sueños, otro amanecer en primavera.



© Foto: José Luis Moya P.

Caen las tardes de lluvia sobre los últimos racimos de las uvas. Es otoño en el corazón del mosto, en los sueños de las mujeres. Cruzan las palomas de parte a parte la ciudad. Tinajas de vino amargo. Tulipanes negros. Sólo silencio en la tierra de los vacíos. Y el corazón, busca carmines de cereza y el sabor del mosto nuevo en los labios, cada tarde del mes de abril.



© Foto: José Luis Moya P.

Estar ahí, al otro lado del río. Cerrar los ojos para un instante de eternidad. Abrazo de los árboles. Nervadura de sombra contra la tierra. Y esa luz de oro vertical en las hojas de los castaños. Caminar a ciegas sobre los relojes del tiempo. Soledad inmóvil. Geografía en la paz de bordes blancos. Montañas del corazón. En los carmines de la tarde persigo sueños de azúcar, con la esperanza de ver un día el mar.



© Foto: José Luis Moya P.

¿Qué pasará cuando llegue el otoño a tus orillas, cuando cruce una blasfemia de frío por la entraña de tus hojas?... Aún se alarga el día sobre pámpanos y troncos tiernos de zarzamora. Las sombras juegan al escondite con mis temores y preguntas. Me escribías cartas que yo esperaba. Bebí sueños y palabras hasta el confín del último significado. Colgué fantasías en esas tardes de otoño y mar. Otros besos. Otras manos. Desapareció el carmín de tus labios. Luego, un adiós roto. El adiós en los pañuelos. Y toda el alma se llenó de invierno.



© Foto: José Luis Moya P.

Oro viejo esparcido por las playas verdes de los naufragios. Pronto, llegarán palomas ciegas, y la sombra romperá la soledad de las paredes. Aquí estamos en el charco de las hojas. Un año más, sobre el sentimiento de las lágrimas, sobre ese tiempo gastado que se va y jamás regresa. Por los caminos de la vida, más allá del corazón, se arrastra la niebla, y con ella, todas las melancolías del alma.



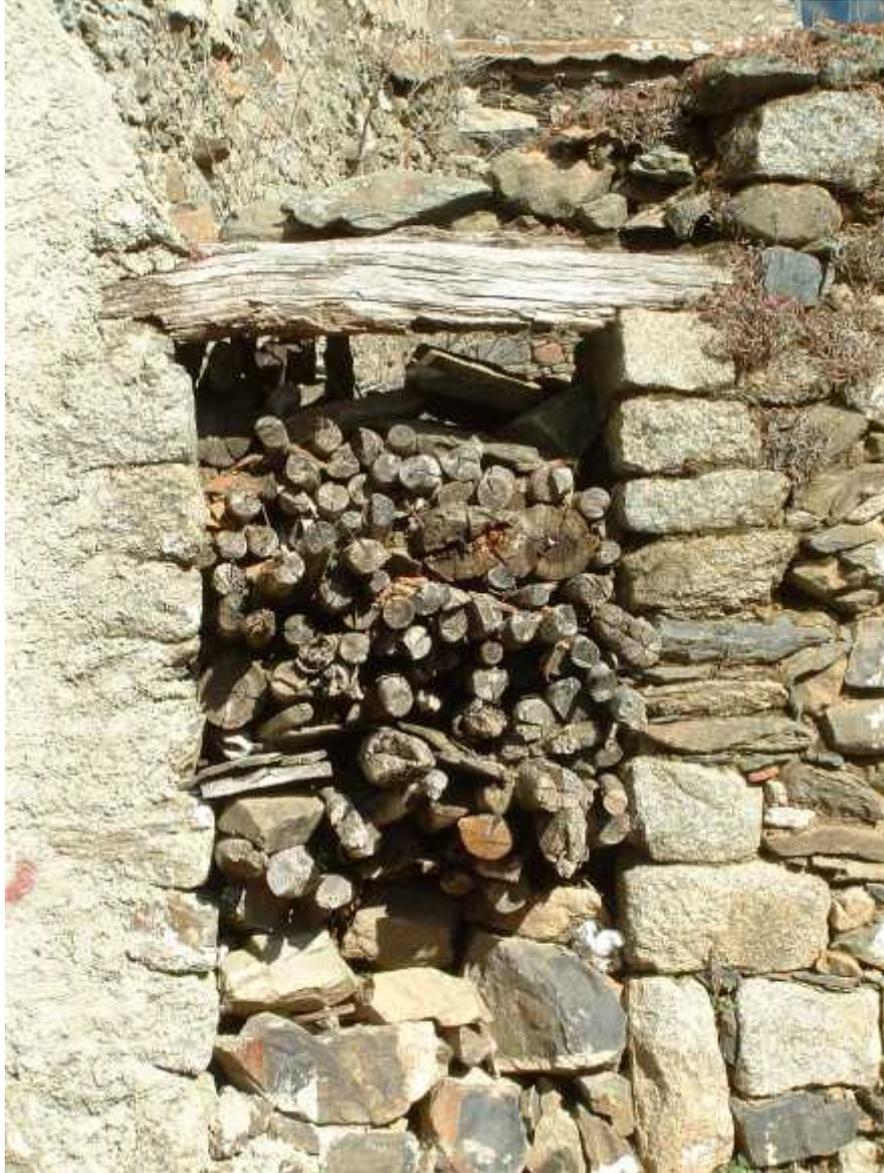
© Foto: José Luis Moya P.

Se dilata el día en el azafrán de las hojas dormidas. Las hogueras del otoño y el mar. Los días que existieron en esa ciudad detrás de mí. Ayer murieron las primaveras del agua. Hoy, aldabas de mil herrumbres en las manos. Hojas pintadas de adiós. Tristeza de música en una estación olvidada. Las maletas sobre el andén... y el corazón de nuevo, preparado para partir...



© Foto: José Luis Moya P.

Me duelen los años. La vejez del tiempo contra las maderas. El rito de las estaciones ha gastado, poco a poco, la esperanza. Memorias de hiel en los fragmentos rotos. Viajar por los lirios de la ausencia. Tus ojos de tristeza, el mar, los deseos de un nuevo verano... Jamás tornará el ayer. Y marzo quieto, con hambre de lilas blancas en mitad del corazón.



© Foto: José Luis Moya P.

Ventana para la muerte. Crucifixión en una oscuridad inútil. Ceguera de piedras y maderas para crecer junto a las ortigas. Mástico almendras de tristezas amargas en los látigos del recuerdo. Quedan sólo geometrías muertas en el dintel de las cenizas. En el corazón... soledad de insomnios, bajo el silencio de todas las esperas.



© Foto: José Luis Moya P.

Alambres ácidos del recuerdo, geometrías del dolor en la carne. Esa cerca de álamos caídos. Atravieso las tierras del heno para encontrar un espacio verde. Aquí estoy, a solas, en el país del silencio y los dolores del acero, en la patria de las ortigas, caminando hacia ninguna parte.



© Foto: José Luis Moya P.

Vivo en el territorio de las piedras, junto a alambradas sin palomas. Con los dedos pinto atardeceres de tristeza en los lienzos del mar. Soy un hombre solo en los lacres amarillos de la tarde. Adjetivos, poemas y palabras están cercados con espinos y alambradas. Los ojos, coleccionan dolor para saber la vida. Se engrosan las venas bajo la piel, calcinadas por los días. Y estoy de paso. Y las lluvias de otoño empujan para abrazar la mar.



© Foto: José Luis Moya P.

Respirar la luz inmóvil de la cerca. Aquellas mañanas del verano y las esquilas. Recuerdos de escuela. Atravesar la vida dejando jirones de sueños. Lilas negras prendidas en los alambres de todos los inviernos. Y el tiempo del mundo, habitado por las nostalgias del mar.



© Foto: José Luis Moya P.

Cielo inmóvil. Los pájaros están callados. En tus tristezas húmedas miro el dolor de la distancia. Tengo letras negras, y la muerte de los árboles en el corazón. Sobre el perfil del camino, el cinturón de los álamos desnudos. Una blasfemia de frío atraviesa las horas dolidas de la tarde. Y contra las nubes, árboles yertos... y las afiladas ramas del invierno.



© Foto: José Luis Moya P.

Esa casa de ayer. Las tardes de membrillos, musgo y humo. El tiempo envejece el corazón y abre heridas en las maderas. Acaricia las tejas el último sol de septiembre antes de las cenizas. Ese ayer. El dolor de las grietas y carcomas. Y morir siempre en soledad, tras el último verano, bajo el cielo, el sol y la lluvia.



© Foto: José Luis Moya P.

Vivo en un territorio de piedra, líquenes y abandonos. Pinto con los dedos atardeceres de tristeza frente al sol y el mar. Regresar para ser semilla en otras grietas. Y sólo viento, niebla y lluvia, mientras bajo el alma, envejecen las maderas.



© Foto: José Luis Moya P.

Paisaje de ojos tristes. Miro en el fondo de un vaso de café los líquenes del recuerdo. Tu mirada en el instante del mar y de la luz. Pronuncio tu nombre en los vestigios del musgo y la lluvia, en la tierra de surcos desgastados. Luego, me acurruco al borde del silencio, mientras escucho el lento morir de las maderas, la ausencia de gaviotas en el cielo, las tardes que se van,... sobre las rosas negras.



© Foto: José Luis Moya P.

Estoy en la edad de las encinas secas, en mitad del campo sin moverme, sobre la brújula de un otoño a la deriva, abierto el corazón a los puntos cardinales. Ese instante. Sabor del heno, y la hierba. Aprendo, poco a poco, del silencio de las ramas secas. Partir para el retorno de las semillas, mientras las tardes de encinas se van marchando. Delante de mí, el mundo. Desciende la tarde de sol, mientras el corazón madura nostalgias. Y con la última luz de las montañas lejanas... sabes que algo siempre se va...



© Foto: José Luis Moya P.

Maderas. Ese desván dormido en las palabras grises del otoño. Resurrección de los membrillos. Contigo, ensueño de almohadas, humedad de besos en la noche. Abrázame entre tus senos blancos como a un niño. Fantasías amarillas en los ojos. Cuchillos de hambre en las miradas. Después, será mañana... en un alba de silencios.



© Foto: José Luis Moya P.

Junto a los árboles caídos, lloro las llagas de la luz. En cántaros de arcilla he ido dejando la vida. Entregué mi tiempo al mar. Ya no quedan flores ni moreras. Una túnica de adiós en la tarde. Y te vas hacia la vejez, amando lo que ya has perdido. Navegante de música y melancolías, antes de partir, busco tus ojos, para entrar despacio a tu corazón desnudo. El recuerdo de tus manos será silencio, perfume y sombra tu mirada en mi camino.



Se adentra la tarde triste por el balcón de mi casa. Ese jarrón de gladiolos marchitos. Las manos de los chopos contra el cielo. Árbol de la luz antes del crepúsculo. Adiestra el corazón los gritos para que se callen las palabras. Ese instante. La niebla y el sol dolido. No queda otro lugar en este país sin hojas. Pronto, silbará el frío en los tejados de la noche y el invierno nos tatará los ojos para siempre, con crespones negros y bufandas.



Rama de espino. Perros que ladran al frío las mañanas de septiembre. Cercas de alambre e invierno. Quedan rocíos por sumarse a las horas vacías, a los sentimientos de las palomas ciegas. Lloran recuerdos los pétalos de rosas marchitas en el último cajón del armario. Me reclino sobre el heno mojado, buscando palabras olvidadas. Miradas sólo para tiempo de adiós y musgo. A la tarde, la ciudad indiferente, cobijará la noche. Ladrarán los perros en las cercas. Y temblarán de niebla y frío los solitarios espinos en mitad de los campos ateridos. Se hace tarde en la ciudad...



Atravesando el invierno regreso a la playa de donde partí. Llevo en el alma humedad de besos. Sobre el corazón, perfumes y cristales. En los ojos, la tristeza de los musgos. Desde los gritos del frío, sueño primaveras nuevas antes de partir.



Frutos inútiles. Otoño de pájaros. Ese aire azul bajo el cielo de arándanos. Soledad tras los párpados del cansancio. Y el corazón fértil de besos. Deshabitamos el tiempo de ayer y los sueños de azúcar. Quedan las memorias amarillas en los rastrojos de las hojas sobre los dejados, en antiguas fotos de papel. Y sobre las ramas del mundo... el silencio de las frutas... solas.



Esa luz abierta en el ministerio de una gota de agua. Fermentan ya las lluvias en las maderas del desván. Tengo fiebre. Con hambre, busco aquellos besos de madre, aquella niña de lilas y azucenas, el rumor de los segadores en la plaza. Hoy, está cansado el corazón y las campanas de la tarde tañen heridas.



Adiós roto. Hojas de otoño. Dolor sobre el dolor atado a la vida de uno mismo. Morir los años de soledad contra la nada. Ser sólo proyecto de sueño y sombra en la piel del agua. Beber fracasos en el cuenco de las manos, en ese lugar de silencios de las noches frías, donde nadie te mira y tú te escondes. En ese rincón de la vida, entre el hoy y el mañana, en el lugar de nadie, sobre un jarrón sin agua, se marchitan las rosas...



Apriétate contra mí, para sentir la vida que pasa. Atrás quedan las luces de la ciudad dormida. Siento frío en los límites de las semillas, en mitad de mis cansancios. En ese país de ayer, de infancia y de recuerdos, hoy sólo lágrimas. El sentimiento tronchado de que el silencio ya llega a las espigas del centeno vacías.



Aquí estoy, varado en el corazón del invierno. Y contigo sueño primaveras, el cielo de los sauces, el paisaje de las encinas. Mis labios en tus labios de trigo. Tu cuerpo de mujer, junto al mar, tendido el viento. Roza el corazón quillas de soledad y enhebro recuerdos desde la arena de mi orilla. Otro otoño más, otro día, tal vez nos veremos en tu tiempo de cerezas y amapolas.



Desde el silencio, camino los paisajes de la desnudez y la lluvia. Ha caído el invierno sobre las mazorcas de maíz. Tristezas del frío. Van envejeciendo los labios de palabras inútiles. Sabor del humo. Estar en el silencio de los álamos quietos. Cruzar de nuevo la infancia sobre el tiempo marchito del agua. Y sólo lirios, y sólo silencio frío, y sólo un ángelus de campanas en mitad de la lluvia.



Llueve sobre el maíz los sentimientos de la vejez. Mariposas desamparadas. Frío y viento para morir las mañanas de niebla. No queda nada de ayer frente a los espejos, sólo preguntas sobre las nubes y las respuestas del agua. Desde el último confín de la ternura yo sé que me voy muriendo.



Esa luz abierta en el ministerio de una gota de agua. Fermentan ya las lluvias en las maderas del desván. Tengo fiebre. Con hambre, busco aquellos besos de madre, aquella niña de lilas y azucenas, el rumor de los segadores en la plaza. Hoy, está cansado el corazón y las campanas de la tarde tañen heridas.



Cielo turbio. Permanecer en pie tras la ventana. Fluir en el peregrinar de los pájaros, en la quietud del corazón. Estar nacido antes de la lluvia que empapa la mañana. Lamento de campanas frías, sobre cenefas de almohada. Ese equilibrio inestable de las tristezas del agua. Sentimientos transparentes colgados de las ramas ahí afuera. Ese nudo de inviernos atado al corazón. Y esperar que el día pase, que lléguela vejez, con las palomas negras la noche.



En tus ojos se remansan las últimas lluvias de abril. Acuarelas en las manos. Queda atrás el dolor en las patrias del mar. Tu mirada sin besos. Sigue el día su rumbo en los cuatro puntos cardinales. Suelto palomas blancas contra el cielo, una madrugada más, cuando la luz del alba llega a mi ventana, cuando sólo cae la lluvia sobre las calles vacías de la ciudad.



Las rosas enfermas del invierno, lloran ateridas bajo la lluvia mansa. Se va la tarde por las grietas de paredes blancas, por las hojas de los laureles. Atraviesa el tiempo el alma, y envejecemos como los lirios. Hambre de regreso. Son un imposible aquellos ojos de infancia. Y aún llueve... y sin saberlo, estamos solos, y el invierno ya nos roza con lirios el corazón.



Oigo pasar la lluvia desnuda entre los rastrojos. Ese llanto mudo, mientras se esculpe la vejez en las ojeras del invierno. Amé tu piel con mis dedos y tus ojos con mis labios. Los dos estamos juntos frente a las lágrimas de la lluvia. Y nadie sabe nuestros secretos, los cumpleaños de nuestra edad. Cada tarde de diciembre, voy poniendo claveles blancos en el jarrón de la tristeza. Amontono esas flores que regresa el mar... mientras el corazón llora las tristezas y la noche abre espacios negros de imposibles.



Camposanto de leños caídos. Hojas de ayer aferradas a la vida. Esos brotes nuevos sedientos de sol y primaveras. Golondrinas de regreso. Sabor del sándalo en los perfumes de las sedas. Caminar contigo descalzo sobre margaritas y la hierba. Cicatrices del bosque que besa el sol. Rema lenta la primavera en la ternura, en el silencio a solas, en las alas de las cigüeñas.



Palabras y versos para un poema que mira al cielo. Ese sol de invierno errante entre las nieblas. Es difícil, en los tiempos del frío, poner luz a los ojos, encontrar labios calientes junto al amor. Tirita el día en los desvanes de la escarcha, mientras lloran los gorriones la piedad del musgo. Navegaré el corazón a solas, entre jirones de niebla, buscando aquellos álamos del sol. Sigue derrotado el cielo sobre las manos abiertas. Y se extiende el silencio, en el eco azul de la tierra vacía.



No sé qué escuchar cuando rueda la pena sobre la vejez de los troncos cortados. Son territorios ya de las termitas, esas venas de la madera, calientes de sol y de mañana. Y jamás tornarán de nuevo a ser semilla. Margaritas lacias en los charcos. Permanecer sobre el tiempo de tormentas. Sentir en silencio inmóvil la lluvia que resbala sobre esas noches azules del mes de abril. Y esperar, esperar siempre la muerte, junto a las piedras, en los ojos cerrados del silencio y las lágrimas...



Hostiga la lluvia sobre el portón. Tiempo envejecido por las nieblas. Y entre las manos, el llanto del corazón, las maderas dolidas. La vejez habla en los espejos, y el alma está repleta de azabaches y cristales. Esa puerta del silencio cerrada para siempre. Soy sombra y distancia en los labios, sabor de besos amargos y ayer. Maderas solas contra el invierno. Y el silencio del frío en mitad de las ojeras.



Esos frutos inmóviles contra el cielo. Aquellos pétalos de rosa en los libros al marcharte. He cargado en los hombros los silencios... y echo a andar junto a la soledad. Aún se puede vivir en mitad de la noche. Junto a esta vela encendida, sabor canela, me quedo. Hoy, está lejos tu nombre. Y mis melancolías abrazan contigo las tardes de encinas, los sueños de los árboles... cuando se aleja el sol.



Las mañanas del verano. Esa calle del silencio. Recuerdos de escuela en la voz de los segadores. Aquellas mesas raspadas con cristales. Las tablas tan relimpias de lejías. Lilas y flores cara al sol. Geles de infancia, carretas lentas. Se llevaron otras primaveras aquellos perfumes de la ropa tendida de viento. Arricángeles contra el cielo. Y abrir los brazos en cruz sobre la hierba, aquellas tardes de paz y grillos.



Corazón al viento. Primavera en la ventana. Inútiles pólenes de acacia. Esa vejez bajo los ojos de un nombre. Desear la resurrección del mar cuando ya todo es imposible. Te quiero en tu soledad, como a la tarde sin besos, en las mejillas del mundo. Poco a poco, bebemos los venenos de la edad, y el mar nos agrieta el alma. Y va creciendo el olvido sobre las hojas en forma de corazón que arrastra el viento.



Tras la luz dorada de los álamos, regreso al sollozo de las hojas y las hortensias. Mirada triste tras los ventanales. Escarbo en silencio los altares hasta más allá del mar, hasta encontrar el latido último de las hojas. Regreso al país del abandono, a la muerte gris de los otoños y el frío. Tu soledad y mis abrazos lejanos, el morir callado de las hojas...



Sentimiento de colores. La luz mustia de la tarde se ha dormido en tus hojas. Por los amarillos del otoño, y contra el agua, se va la vida en los trenes del silencio. Tu pelo.... Tus caderas mojadas... Desando los pasos de la ciudad. Ya no distingo contigo entre tu cuerpo y el agua. Humedales de silencio contra la piel. Esa blusa abierta, donde se desnudan deseos más allá de la risa. Contigo quiero vivir en los incendios del sol, en los caminos de la noche, en los perfumes de las acacias.



Visto palabras de helecho y musgo hasta el fondo de mi edad. He peregrinado contigo. Manos inmóviles sobre tus ojos. Esas naranjas de ayer en el agua del estanque. Estoy a tu lado en los ébanos de la tarde. Sábanas tendidas al viento. Arde el sol en los nenúfares. Balcón de la infancia, risa de niños. Llevo bajo los ojos, aquella cenefa de besos y las manos calientes de mi madre. Colonias Heno de Pravia sobre la piel... Y aquel hondo perfume de membrillos... Hoy, un espejo a solas, junto a un sillón de mimbre, el otoño en las venas y las agonías postreras del péndulo de un reloj.



Se abre la mañana sobre el mar y los almendros. Esas hiedras que besan las rocas esperando sábanas de lino. Lugar donde el viento se adormece para pulir su llanto. Alinea los chopos la tristeza, por el camino hacia laderas de heno y hierba. Un grito de tulipanes blancos. Trébol y hacederas limpias de lluvia, crean el esplendor del prado. Arropa con tus manos de hiedra las costuras del corazón, mientras vamos de camino.



Crepitación de maderas cansadas. Sobre los clavos y rendijas de la puerta han cruzado los inviernos y una procesión de hormigas. Piedras y esperanza para seguir viviendo. Almanaque de almendras amargas. Sitios para vejez sobre los pasos de lluvia y viento. Más allá de las puertas y maderas, las higueras, el alba, las palomas que vuelan hacia camposantos de centeno.



Dolor de cumpleaños amarillos junto a los árboles y las maderas. Desnuda el agua los secretos de la tierra antes de hacerse mar. Y queda la arena a la intemperie, sobre esa playa de luna. Un almanaque nuevo llega a las rosas y a ese tiempo azul de los chopos sin palomas. Maderas dolidas de pretérito. Ayer caricias y miradas prendidas en las ramas verdes tendidas al cielo. Hoy, hendiduras de niebla y años en las cortezas. Morir a solas tras las luces del verano, sobre la última ronda solar, tras la prisa insostenible del último tren de la tristeza que ya parte.



Largo viaje. Camino de ida y vuelta. Los dedos recorren tus labios. Noches de timón sin ti. Aúpo la nostalgia a los ojos mientras hago historia en las mañanas. El silencio queda a la intemperie. Muerdo un álbum de fotos y recuerdos. Crece el alba sobre el mar y los juncos. Recito tu nombre de arena cuando pinto graffittis en el frío. Y llega la niebla a la última puesta de sol. Aquí, a solas, aguardo la tristeza, remando sueños hacia el corazón.



Regreso desde la soledad a la memoria, cuando se retira la noche de la arena. Humedad de rosas. Vuelo lento de gaviotas en la mar. Se quema en los silencios la cera de una vela. Mirada azul sobre los muelles y las redes. Nostalgias viajeras. Y más allá de las dunas, el solitario molino, empapado de silencio y niebla.



Voy a abrir una ventana a la calle para que entre luz a mis paredes y no sentirme solo. Muerte y ausencia. Luces amarillas. Te miro con ternura de nube siendo únicamente sombra de agua. Esos pájaros que emigran hacia el sur. Sueño de islas y ausencia sobre el corazón de las acacias. En la luz malva de la tarde, antes que llegue la noche sobre las maderas, aguardaré un incendio último de girasoles.



Volver al vacío. Imagen de las cosas desprendidas. La muerte es tu mundo sin geometrías ni palabras. Agonizar lento de llanura. Fundar otro vocabulario de cenizas. Otra historia de agonías y gangrenas sin raíces. Aquel tiempo extraviado de las hojas junto al cielo... El camino abierto de par en par, y la muerte tropezando con el aire de las maderas. La luz de los recuerdos velará tu cuerpo consumido. En vano soñarás horizontes de gaviotas... Sólo estrellas contra el cielo... y cerrar los ojos para morir...



Remansar la paz en el cuenco de las manos. No voy a poder escribir sentimientos de arena. Ese adiós marchito, cuando se acerca el tiempo de las maderas quebradas. El instante de ese ayer que se torna nada... Me duele el mundo en los vestigios pretéritos, en el acero de las cadenas. Esa rueda de primaveras cortadas... Se acabó aquella luz del mediodía, cuando atravesaban el cielo las cigüeñas, cuando rodaba el tiempo en los caminos de los carros... Morir al sol y al viento en el olvido. Ser nada, cuando se destruye lenta el alma del corazón, al acercarse las banderas negras del eterno invierno...



Jamás peregrinarás de nuevo los caminos, las rutas lentas hacia otros horizontes. Es imposible traducir el tiempo de tus maderas. Morir a solas, en el alma de la paciencia, frente a los chopos amarillos, sobre ese cerro que domina la llanura. Muerden ya las termitas los años en tus entrañas. Despertarás en el tiempo del invierno, y un año más, llegarán para ti los veranos sin moras. Sobrevivir a las maderas recordando los tiempos del trigo, aquellas mañanas de polvo y de cansancio. E ir muriendo despacio en los clavos de las herrumbres, cuando cada tarde se apaga sobre la llanura el sol.



País del agua y las lunas. Besos lentos de melocotón. Estoy nadando en la caricia de tus ojos desde el río de todos los cansancios. Sobre el vientre de la noche quiero seducir tus humedales, llegar a tus desvanes de paloma. Tengo una pasión para tu nombre y los perfumes de mi infancia sobreviven en tu pelo. Hay sándalos y azúcar en tu pulso bajo las noches de lunas dormidas. Ha crecido demasiado el corazón bajo los árboles. Hoy vengo a ti, para saber la desnudez caliente de tu ternura antes que muera el sol, antes que se marchiten los girasoles del verano y se extinga el perfume de las lilas.



Contraluz de brotes nuevos. Descansan las palabras en círculos concéntricos. Esa soledad de brazos muertos. Los besos calientes, ya lejanos, de aquel día. Estoy naciendo en el silencio oculto de las cortezas de los árboles. Estar solo en los sueños de ayer. Inmóvil, junto al silencio de los pájaros. Volver a ser desde el límite de la nieve, mientras se posa la oscuridad en los brotes de las maderas...



Moriré de besos en las hendiduras de tu cuerpo, en las enredaderas de tu pelo, sobre las soledades del corazón. Correré los visillos para ver el sol tras la ventana. Y me quedaré ahí, a solas, frente a la niebla y el mar, aguardando el vuelo lento de las gaviotas que se van, para aprender a morir en la desnudez del silencio, como los árboles...



Atraviesa el tiempo los hilos por el dolor de la vejez. Estar a la intemperie. Lluvia, sol y frío. Sobrevivir a los recuerdos de una postrer mirada. Sentimiento de impotencia tras los cristales rotos. Ahora, maderas en ruina para morir. Casa vacía. Ventana solitaria para la oscuridad perdida contra los adobes, icono contra esa otra oscuridad gris que cruza de parte a parte el alma.



Regresan las esquilas del rebaño sobre las tardes de otoño, sobre los álamos altos. Cae el humo lento en los tejados. Un candil posado en la ventana. Gorriones amontonados sobre el frío. Ropa blanca tendida al viento. Sangra la tarde la muerte oscura de las dalias. En el campo azul de la noche, la luna. Tiritan hoy las mimbres, sobre un camposanto de hojas muertas. Tristezas para un silencio de oboe tronchado. Sueños de paz y arena.





# CREDITOS

José Luis Moya Palacios nace en la Fuente de San Esteban (Salamanca).  
Se inicia en la docencia como profesor en (Santander-Valladolid).  
Cursa Psicología en la Universidad Pontificia (Salamanca). Licenciatura sobresaliente fin de carrera.  
Dedicación apasionada al campo de la clínica infantil y adulta.

- Psicólogo Clínico. (Universidad Pontificia de Salamanca)
- Psicólogo del lenguaje (Escuela Superior de Psicología: Universidad Pontificia de Salamanca).
- Master en Psicología Sofrológica. (Andorra: Alfonso Caycedo).
- Psicólogo del Equipo de A.T. del Ministerio de Educación y Cultura.
- Profesor de E. Secundaria.
- Profesor A. Universidad de Salamanca (Dpto. de Psicología Básica, Psicobiología y Metodología de las Ciencias del Comportamiento).
- Hipnopsicoterapeuta.
- Miembro de la <<American Association of professional Hypnotherapists>>.
- Actualmente escritor a ratos libres...

A lo largo de la geografía española ha impartido numerosos cursos de sus especialidades, tanto en entidades públicas como privadas.

Visitada su página Web: <http://ilmoya.es/> descubrimos alguna de sus pasiones, además de la fotografía.

Posee más de 50 ponencias presentadas a diversos congresos de su especialidad. Más de 70 publicaciones inéditas en el campo de la clínica, la psicología y la informática: Revista: European Mac, Padres y Maestros, Anales Iberoamericanos de Foniatria, Patio Abierto, Anales Otorrinolaringológicos Iberoamericanos, Estudia Pedagógica, Siglo Cero, Amarú E., Comunidad Educativa, etc.

Desde la Editorial Anaya, ha publicado dos libros de psicología para alumnos y profesores de la LOGSE (2001). (5 Reediciones).

Tras varios años de investigación, ha editado dos CD's sobre <<Técnicas de Relajación Infantil>> (1993).

Posee publicados varios libros de poemas:

- "La noche de las lilas. Salamanca 2001
- "Al final del arco iris. Salamanca 2001

Igualmente ha publicado diversos poemas en formato CD

- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD: nº 10: Las cuatro estaciones. Formato CD. Porfolio. 3,5 MB, Enero, Madrid, 1996.
- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD: nº 10: A mis hijos. Formato CD. Porfolio. 3,5 MB, Enero, Madrid, 1996.
- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD: nº 10: Desde el arco iris. Formato CD. Porfolio. 3,5 MB, Enero, Madrid, 1996.
- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD: nº 10: Desde lo profesional. Formato CD. Porfolio. 3,5 MB, Enero, Madrid, 1996.
- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD: nº 10: Reflexiones. Formato CD. Porfolio 25K, Enero, Madrid, 1996.
- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD: Bajo la luz del sol. nº 17. Septiembre: Formato CD. Porfolio. 9,3 MB de desarrollo, Madrid 1996.
- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD: Homenaje al viejo Plus nº 17. Septiembre: Formato CD. Porfolio. 16 MB de desarrollo, Madrid, 1996.
- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD: Recuerdos del ayer nº 17. Septiembre: Formato CD. Porfolio. 14,7 MB de desarrollo, Madrid 1996.
- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD: Cuando la flor se hace poema nº 19. Noviembre: Formato CD. Porfolio. 16,4 MB de desarrollo, Madrid 1996.
- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD: Nostalgia en el amanecer nº 19 Noviembre: Formato CD. Porfolio. 16,4 MB de desarrollo, Madrid 1996.
- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD: Ver, oír sentir y soñar nº 20 diciembre: Formato CD. Porfolio. 7,1 MB de desarrollo, Madrid, Marzo, 1977.
- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD Nº 22: Junio. Contraluces interiores: Formato CD. Porfolio. 5,1 MB de desarrollo, Madrid 1977.
- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD nº 22: Junio. Olor a tierra mojada.: Formato CD. Porfolio. 2,5 MB de desarrollo, Madrid 1977.

Miembro de la tertulia literaria "Papeles del Martes" donde también ha publicado de forma colectiva.

"Papeles del Martes: nº 26, Pág. 26 Salamanca. 2001.

"Papeles del Martes: nº 27 "Un poema nace" Pág. 8 Salamanca. 2001

"Papeles del Martes: nº 28 Pág. 34: Salamanca 2002.

"Papeles del Martes: nº 29 Pág. 12: Dos poemas a mi madre. Salamanca 2002

"Papeles del Martes: nº 30 Pág. 20: Ayer de Amanecida. Salamanca 2003

"Papeles del Martes: nº 31 Pág. 15: Sueños perdidos, Morir despacio, Paz. Salamanca 2003

" Papeles del Martes: nº 32 Pág. 22: Dos poemas: Al Alba. Tarde. Salamanca 2004

#### OTRAS PUBLICACIONES:

Poesía: Grupo Álamo. "Plaza de San Esteban" Salamanca. 2002.

Revista Literaria: Luces y Sombras: Fundación María del Villar Nº 20, 2003: Los cuatro elementos. pag. 144.

Revista L´Aceña: Alba de Tormes, pueblos y comarcas: Sec. Páginas poéticas: "Besos para el camino" Nº 12 Enero Marzo, 2003, Pág. 30-31.

#### PREMIOS

Primer premio en el Certamen internacional "Pluma de oro de Poesía 2001" con la obra <<Besos de Cristal para el Camino>>. Alcorcón. (Madrid) 2001.

Finalista en el certamen literario "X premio de poesía de Peñaranda de Bracamonte 2003"

Primer premio de Poesía del <<XIX Certamen internacional de Poesía "Gabriel y Galán" 2004. Poemario: Remando hacia el corazón>>Guijo de Granadilla (Cáceres).

Premio segundo a la mejor colección de fotografía "La Gaceta", VII Rally Fotográfico de Alba de Tormes. Octubre 2004.

Desde la utopía, sueña... aunque pisa la tierra firme del presente.  
Apasionado de la docencia. Cree en la educación como obra de vida.

Constante e incansable en el trabajo. Con voluntad de ser, siendo, mientras exista la esperanza.

EL corazón y la mente siempre en busca de proyectos y caminos nuevos por descubrir, mientras va en ruta hacia alguna parte.

En tanto llega la tarde en los cuatro puntos cardinales, y la madurez de las arrugas en la frente, la rosa de los vientos le impulsa al optimismo, a la esperanza de mejorar la vida, el mundo, los hombres, desde la insignificancia planetaria de sí mismo.

Su horizonte: la vida en plenitud.

JOSE LUIS MOYA PALACIOS

San Pablo 66-80 1 º C, Esc. 2

37008 Salamanca

Tel: 923-269665

Correo electrónico:

[jl moyap@ono.com](mailto:jl moyap@ono.com)